

El habitante de su palabra.
La poesía de José Manuel Caballero Bonald

JUAN CARLOS ABRIL

Madrid, Biblioteca Filológica Hispana, 204, Visor, 2018, 459 pp.

Libro de referencia incuestionable el del poeta, docente universitario y filólogo jiennense Juan Carlos Abril sobre José Manuel Caballero Bonald. Esta obra es fruto, fruto logrado, de una dedicación al escritor jerezano que se remonta al menos a tres lustros antes, cuando Abril publicó su primer trabajo en torno a dicho autor en la cuarta entrega (2004) de la revista gaditana *Campo de Agramante*. Después, y hasta la publicación de la monografía objeto de esta reseña, han ido sucediéndose otros aportes, el más importante de ellos la tesis de doctorado en dos volúmenes, defendida en 2008 en la Universidad de Granada, donde hoy enseña. El título de esa investigación fue *Poesía en la escritura. José Manuel Caballero Bonald, habitante de su palabra*. Y esa titulación ya indica que el libro publicado por Visor se fundamenta en aquel trabajo doctoral, de ahí su esforzado rigor técnico, metodológico, analítico y teorético.

Además de las sustanciosas aportaciones de este libro al mejor conocimiento de la poesía bonaldiana, a mi entender destaca en sus páginas su remarcable vertiente conceptual, que se basa en copiosas y bien asimiladas lecturas de carácter teórico muy actuales. La monografía puede ser también útil a los estudiosos del género poético para plantearse sus pesquisas en torno a un poeta contemporáneo, y cómo desarrollarlas de manera esclarecedora en un campo de investigación literaria en el que no faltan aportes numerosos, y no pocos de calidad contrastada. Y de gran aprecio son igualmente las copiosas notas a pie de página que figuran a lo largo de la docena de capítulos de la obra. Y son de valía tanto por las precisas referencias que comprenden como por las ideas apuntadas en ellas, e incluso por las que suscitan.

Tras un prólogo en el que se sintetiza la entera trayectoria creadora bonaldiana, Juan Carlos Abril va analizándola libro a libro, desde el

inaugural *Las adivinaciones*, aparecido en 1951, hasta el de 2015 *Desaprendizajes*. En el estudio se distinguen diferentes ciclos poéticos, y se contextualiza cada uno en la circunstancia biográfica del autor, y en el marco cultural y literario en el que se gestó, ponderándose su significación y su singularidad. Durante este recorrido expositivo le fueron de inapreciable ayuda al profesor Abril los clarividentes puntos de vista de Caballero Bonald sobre sus propias creaciones, y el distinto y más adecuado prisma metodológico que los diferentes libros requieren para ser mejor desentrañados. El resultado es que a través de este estudio van poniéndose de relieve los rasgos pertinentes de cada ciclo, y de cada entrega lírica, a la par que salen a la luz sucesivamente las claves que diferencian al jerezano, algunas ya esbozadas desde el comienzo mismo de su trayectoria literaria.

Y así es, porque en *Las adivinaciones* apuntaban ya asuntos y determinadas modalidades del decir poético que irán desarrollándose desde entonces y hasta la actualidad, enfatizándose expresamente las temáticas relativas al lenguaje, a las de la memoria, así como las poéticas autoriales de lo textual. Otros tres libros hizo estampar

Caballero Bonald en la década de los cincuenta. En 1954 saldría *Memorias de poco tiempo*, versos en los que Juan Carlos Abril constata el comienzo de la manifestación bonaldiana como poeta adivinante, “en conflicto con la metafísica, y que solo se sublima a través de la metapoésia” (71).

En el título siguiente, *Anteo* (1956), se reunieron cuatro poemas, si bien esta obra da lugar a un estudio no poco denso, en cuya dilucidación se ponen en juego las contribuciones, de lectura obligada, que el poeta ha hecho al flamenco, y que han merecido que se le considere uno de los flamencólogos más penetrantes e iluminadores de este universo tan complejo. De 1959 data la edición de *Las horas muertas*, una obra en la que ya se va percibiendo la configuración del mundo poético bonaldiano, abierto a plasmar varias y dispares dialécticas del yo que se textualizarán en libros sucesivos.

A diferencia de la tan prieta bibliografía generada en la década de los cincuenta, José Manuel Caballero Bonald iría espaciando sus obras poéticas en las siguientes, no así sus publicaciones de otra índole, mayormente novelas y memorias, a las que Juan Carlos Abril pasa revista solo en la medida en que

puedan iluminar de algún modo aspectos diferentes de los libros de poesía del jerezano. Y en los sesenta solo publicó uno, *Pliegos de cordel*, aparecido en 1963. Este conjunto se compuso a tenor de la llamada operación realista, aunque el realismo bonaldiano fue muy *sui generis*. En 1969, la recopilación *Vivir para contarlo* demarcaría el final de la primera de sus etapas literarias, comenzando en 1977 la segunda con *Descrédito del héroe*, donde se aprecian prácticas irracionalistas, siendo una de las creaciones predilectas del poeta.

Comprende *Laberinto de fortuna*, una de las consideradas obras mayores del autor, una reunión de poemas en prosa que supusieron un punto y aparte en la trayectoria de José Manuel Caballero Bonald. Justifica Juan Carlos Abril este aserto señalando que en estas creaciones se produce un continuado palimpsesto, y en ellas alienta la cultura árabe, efectuándose un monólogo sostenido entre los yoes diferenciados que habitan el libro. Casi tres lustros habría que esperar luego para que se publicase otra gran obra suya, *Diario de Argónida*, obra hermética y de diapasón barroco. Valiéndose del nombre Argónida para referirse a la zona del coto de Doñana, así como a

Sanlúcar de Barrameda, este territorio es mitificado en este libro, en el que se acompasan y entrecruzan vida y literatura, se suceden yoes cambiantes, a veces contrapuestos entre sí, y se manifiesta una lectura moral de cuanto rodea al dicente.

Ya en el presente siglo, tras publicar su obra poética completa bajo el título de *Somos el tiempo que nos queda*, Caballero Bonald dio a conocer *Manual de infractores*, su libro de poesía más extenso, pues se acerca a las cien composiciones. En esas páginas se transmiten, según Juan Carlos Abril, reflexiones líricas sobre el devenir temporal, sin tonos elegíacos, y se proyecta un ejercicio de insumisión. El poeta actualiza su ética de compromiso, procede a un repudio de lo sectario, desconfía de verdades que se dan como establecidas, aunque sean las del progresismo militante, se exige aún más a sí mismo en la alerta a su conciencia crítica, y por supuesto en la autoexigencia literaria. Estos son los ejes en torno a los que pivota la poética disidente de dicho libro.

Después del análisis, del comentario y de la valoración de *Manual de infractores*, Abril dedica tres capítulos a otros tantos libros de Caballero Bonald que se publicaron en intervalos breves: *La no-*

che no tiene paredes salió en 2009, *Entreguerras o De la naturaleza de las cosas* en 2012, y *Desaprendizajes* en 2015. Se señala en el primero, que encabeza un nuevo ciclo, cómo campea la conciencia crítica del autor, y en el segundo la consecución de nuevos tonos y registros poéticos. El tercero, integrado por noventa y cinco poemas en prosa, entiende Abril que constituye una “fusión de ciclos de escritura.” (412), revitalizándose de nuevo la actitud de infractor que ha caracterizado al poeta, sobre todo en los lustros más recientes.

Hasta aquí un apretado resumen de esta monografía tan notoria en la que Juan Carlos Abril combina el rigor académico con una notable heurística, no exenta de creatividad, componentes esperables en quien es, además de avezado crítico y excelente filólogo, muy interesante poeta.

José María Balcells
Universidad de León